

Texto: Luis VILA

Traerle a las páginas de CUADERNOS estuvo pensado desde el principio, porque era fácil y necesario. Lo primero, por amistad. Lo segundo, por las características de la actuación profesional de los trabajadores sociales de hoy y de mañana. Juan Velarde conoce como pocos la realidad social y económica de España, en su pasado y en su presente.

JUAN VELARDE

Por eso puede dar claves para la comprensión del hacer de hoy. La concesión del premio "Príncipe de Asturias" de las Ciencias Sociales en 1992 y su despedida como catedrático de nuestra Complutense son motivos suficientes para acercar su magisterio a nuestras páginas. Porque esto, ser maestro, es la mejor presentación del profesor, del publicista, del funcionario y del intelectual. El maestro no aporta únicamente los saberes, sino la cálida humanidad y la cercanía que evitan en el discípulo la sensación de estar haciéndole perder

un tiempo precioso. Conmigo no lo logró del todo: siempre se me presentaba, cargada de disculpas, otra "última pregunta".

La entrada al edificio tiene los mismos controles que cualquier organismo público. Había quedado citado con Juan Velarde y la fecha se había pospuesto por obligaciones suyas y mías, en más de una ocasión. Al fin, en aquella mañana de febrero dejé tras de mí el tráfico y las prisas al franquear la puerta del Tribunal de Cuentas, del que el Senado le había designado Consejero, en diciembre de 1991. El edificio del Tribunal no es nada arquitectónicamente especial, pero la planta de los Consejeros respira

***Cinco corrientes
de pensamiento
socioeconómico
están, en España,
detrás de nuestra
acción social***

ese silencio de los sitios y las personas importantes.

Juan Velarde no había olvidado la cita, aunque su secretaría no había podido conectar con él para confirmar nuestra entrevista. Apareció como siempre, apresurado y afable, disculpándose por la tardanza de unos minutos. Breve intercambio de informaciones sobre recados y llamadas con sus colaboradores y... empezamos. Mejor, empieza él.

— Mire, yo no sé nada de Trabajo Social.

La verdad es que el guión de posibles preguntas que acababa de leer solicitaba directamente su opinión sobre la naturaleza universitaria de los estudios de Trabajo Social. Tuve que explicarle que una respuesta específica no importaba: eran "exigencias del guión". El conoce bien la historia del pensamiento y de la actividad económica, sus repercusiones sociales, los debates políticos. ¿Verdaderamente lo conoce? Casi mil quinientos títulos ha recopilado José Miguel Fernández, de la UCM, para presentar una selección bibliográfica del profesor Velarde, en la obra de homenaje que le rinde la Complutense en su jubilación. En esos títulos aparece el problema de España. ¿Desde cuándo? Los intentos de solución de los problemas españoles, a través de la acción social, ¿son empujados por fuertes corrientes de pensamiento o nacen de un voluntarismo especialmente sensible ante las miserias humanas?

— Partir de cero es un mal punto de arranque. Nadie tiene que preocuparse de las cosas que ocurren anteriormente a la caída del antiguo régimen, allá en mil ochocientos treinta y tantos. Esa es una frontera por la que lo que sucedió antes se puede considerar "arqueología". Desde entonces en España surgen, como mínimo, cinco corrientes de pensamiento socio-económico que conviene analizar. Siempre hay un conjunto de doctrinarios

detrás de esa acción que luego acaba, en último caso, concretándose en el Boletín Oficial del Estado.

Velarde comienza a hacer la apretada síntesis de esas cinco corrientes de pensamiento, sin cuyo conocimiento la comprensión de nuestra historia no pasa de la superfi-

***En el franquismo
están reducidos
los mecanismos
de voz, pero no
los de contrato
social***

cialidad. Preso de esos desconocimientos de nuestra historia, le escucho.

— La primera de estas corrientes es la vinculada al viejo Partido Progresista, con su afán de que la vida de los ayuntamientos sea de verdad, que el sistema tributario sea lo más progresivo posible, que el comercio exterior sea mucho más libre, que el voto llegue a las clases más pobres, etc. Hay un *populismo* que empieza a nacer ahí y, si no sabemos lo que esta gente dice, incurrimos en problemas y en defectos para entender la acción política.

El segundo grupo viene de lo que yo me atrevería a llamar la recepción de la Internacional, muy defectuosa desde el punto de vista científico, pero que es muy importante desde el punto de vista de la adhesión de las gentes. Se relaciona con los incipientes

espartaquismos agrarios españoles. Es absolutamente necesario conocer lo que significó la Internacional. Aunque estamos ahora en las postrimerías de la recepción de ese mensaje, éste ha sido, hasta ahora, y digo hasta ahora, vivo e importante.

Hay un tercer bloque, un tercer mensaje que es el del Partido Conservador, o de los grupos conservadores, que empieza en el propio Partido Moderado. Andrés Borrego es el primero que empieza a plantearse multitud de cuestiones relacionadas con los planteamientos sociales. Cánovas del Castillo polemizará con "El siglo futuro", al afirmar el fin de la caridad tradicional y el predominio de la legislación y los planteamientos de justicia. El famoso Ortiz Lara publica unos ataques feroces, diciendo que la mendicidad es lo que debe amparar a la Iglesia y los mendigos son los que deben estar continuamente llamando a los corazones cristianos, etc. Todo eso va a seguir en la historia de España, me apresuro a decirlo, hasta ahora mismo. El pensamiento conservador tiene su papel y su influencia y sus personajes en el Instituto de Reformas Sociales, en que se reunirán, como sabemos, otras tendencias.

El cuarto pensamiento es el krausista, que tiene un peso y una significación muy grande para el reformismo social en España. Está el krausismo de Giner de los Ríos —liberal, librecambista, etc.— y el de Azcárate —interventor, buscador de consecuencias para las clases menos dotadas, etc.—. Y la quinta y última corriente se relaciona con la doctrina social de la Igle-

sia, que tiene, también, una influencia colosal. Hubo una aceptación muy franca que, desde esos primeros momentos, empieza a originar movimientos concretos, los asuntos del padre Nevares, de Vicent y la presencia de personajes como Severino Aznar en el Instituto Nacional de Previsión, en el Instituto de Reformas Sociales. Es toda una corriente (Inocencio Jiménez y otros) extraordinariamente importante.

Me asusta pensar que todo eso sea de verdad el bagaje de conocimientos indispensable para entender la acción social en España. Inevitablemente uno tiene presente la sobrecarga de los programas docentes actuales y la urgencia por abarcar, cada vez más, nuevos contenidos.

— Sí, creo que todo eso ha de ser estudiado, analizado... ver con qué se vincula, qué gentes del mundo de la ciencia económica están detrás de cada una de esas corrientes. Sin eso, perdemos tal cantidad de referencias que, la verdad, no entendería que nadie pudiese tratar de ser experto para el Trabajo Social español sin saber lo que hizo un Buylla con los obreros en Oviedo, cómo se convirtió en el abogado de los labradores o de los obreros pobres, al mismo tiempo que hacía otras cosas; o cómo todo el movimiento cooperativista español no se entiende sin acciones como la del padre Nevares; o nadie puede entender las leyes de huelgas sin pasar por las posturas y los talentos que adoptó Maura y así sucesivamente.

Velarde es de la opinión que la historia social y económica de España

de nuestro último siglo y medio enhebra los acontecimientos a través de cualquiera de las cinco corrientes citadas. Pero uno piensa que, en la inmediatez y urgencia de la acción social actual, esas corrientes toman el agua de muy arriba y es necesario observar la corriente más cercana a nosotros. Al término de la nuestra guerra civil Juan Velarde tenía doce años. A los veinte terminó la licenciatura en Ciencias Económicas, con la primera promoción de la recién creada Facultad de la Universidad de

***La clase media
española
arrastra tres
grandes defectos:
consumismo,
masificación y
molicie***

Madrid. La juventud y la plenitud intelectual del profesor Velarde discurren paralelamente al régimen político anterior. ¿Cuál es su valoración? ¿Hay política social e intervención social importante durante el franquismo? La generación de hoy imagina que España empezó en serio a partir del 78 —y algunos, después del 82— y ante esa intuición, ¿qué hay que rescatar para las generaciones presentes y futuras?

— Respecto al análisis a que me invitas conviene recordar una clasificac-

ción vieja de Víctor Pérez Díaz entre lo que él llama "los mecanismos de voz" y "los términos de contrato social". Porque, efectivamente, en esa etapa los "mecanismos de voz" —o exteriorizaciones que los interlocutores sociales efectúan para tratar de mejorar su postura, de cara precisamente al contrato social— estuvieron enormemente apagados, aminorados, aplastados, reducidos, liquidados, desamparados... ¿Qué pasa con la huelga, con la libre sindicación obrera, con las manifestaciones públicas, con la libertad de prensa?

Están reducidos los mecanismos de voz, pero no los de contrato social. No se entiende el régimen de Franco sin darse cuenta que es una situación de *coalición*, en la que hay toda una serie de grupos que presionan, y dentro de la presión acaban logrando el triunfo; dentro de esos grupos de presión uno de ellos se llama, nada menos, que Francisco Franco; él solo es otro grupo de presión, y su mentalidad y sus talentos actúan.

Por eso tienen importancia los mecanismos de voz en torno a las luchas y pugnas de esos diversos grupos cuando se refieren a manifestaciones que va a tomar el contrato social: ¿qué pasa con la jornada laboral, con los salarios, con las prestaciones sociales? etc.

Velarde dice que la historia de esas luchas de familia es muy complicada y larga, pero lo que importa son los resultados finales e intermedios. Entre estos últimos, la búsqueda del pleno empleo a cualquier coste, incluyendo el fomento de la

emigración al exterior y la rigidez del contrato de trabajo; el lento pero progresivo incremento de la renta de las familias gracias a la aportación de varios salarios, que explican el crecimiento industrial

Lo que se ha generado en la economía española es la situación del nuevo rico

por el auge de la demanda interior; el establecimiento de un cuadro de protección social (enfermedad, jubilación, accidentes de trabajo, ayuda familiar...) aunque sea con decenios de retraso a los vigentes en otros países. Y como resultado final la aparición de las clases medias...

— La clase media va penetrando cada vez más en lo que antes eran clases obreras pobres y todo esto se incluye ya en patrones y modos de conducta de clases medias. Esta transformación se va generando poco a poco y crea una situación diferente. Aquí está, yo creo, una de las situaciones claves que constituyen la contradicción íntima y básica del sistema. El sistema lo que crea es una prolongación y ampliación de las clases medias en España. Y las clases medias exigen fundamentalmente —y lo exigieron desde 1789— una cosa, libertad. Se encontraron de pronto con

que habían sido creadas fundamentalmente desde arriba, con una situación autoritaria, una situación de despotismo ilustrado. Esa es, como para la Revolución Francesa, una contradicción histórica que existió entonces y estalló. En España, afortunadamente, lo que ha ocurrido no es un estallido, pero es también un cambio de régimen. Porque la clase media, producto del régimen, es una contradicción interna al planteamiento de éste. Es el cuadro que trato de ver de la manera más fría posible.

Profesor Velarde, ¿y qué ha sido de las clases medias en la España de hoy? ¿Cómo es la España democrática? Nos apetece, cosas de la pereza intelectual, pedirle una clave fácil, un diagnóstico de sencilla memorización sobre la España que vemos.

— En la España contemporánea es esa clase media la que dirige, controla, elige, se mueve, protesta, crea sus valores y sus mitos, tiene sus políticos, etc. Y esa clase media arrastra tres grandes defectos que son, a mi juicio y en este momento, tres riesgos sociales:

Riesgo número uno, el consumismo. Esa clase observa que está dentro de una competencia donde multitud de satisfacciones inmediatas, derivadas del incremento del gasto y amplificadas por los medios de comunicación social, constituyen una aclaración y exhibición de que ha triunfado. Es la clase risueña que desea tener marcas, referencias que le aseguren que ha triunfado. No es una clase media tradicional, como puede ser la clase

media inglesa o la alemana, que se instala tranquilamente por la tarde en su casa a leer, que le apetece pasear por el campo, o lo que sea; no, aquí entre nosotros hay que señalar a todos que se ha llegado, que ha dejado uno de ser una persona pobre, o como sus padres, o lo que sea, y esto ha producido una exacerbación de algo que es espeluznante, el consumismo. Hay que consumir cada vez más, de la manera más desatinada imaginable, saliendo y gastando, exhibiendo esos gastos de la manera típica del nuevo rico. Porque en el fondo, lo que se ha generado en la economía

Lo mismo en deportes que en moral, todos pretenden ser iguales

española es una situación del nuevo rico. Por supuesto que esto existió históricamente en otros países. Ese sarampión, que pasaron todos, ahora nos toca a nosotros... y ahí estamos. Lo preocupante para mí no es que exista ese sarampión, sino que hay que procurar atajarlo lo antes posible.

Profesor Velarde, ¿y quién nos va a persuadir de que actuamos como nuevos ricos, que estamos como enfermos de una epidemia infantil?

— Pues los políticos, los pensadores, las gentes que dirigen a esa sociedad que son los que tienen que estar con-

tinuamente señalando que eso es un mal camino, que engolfarse en eso es engolfarse en una pura enfermedad, que el fenómeno del consumismo es un auténtico desastre que no lleva más que a perder valores, vivencias, etc.

¿Vamos al segundo riesgo?

— El segundo riesgo considero que está relacionado con el primero, pero con otras diferencias: es la masificación creciente. Los valores singulares que existían en España se había conservado durante mucho tiempo como una cultura campesina, que era muy rica, muy variada, muy diferente. Nadie se molestaba por el hecho de ser diferente, cada uno tenía sus puntos de vista que estaban muy enraizados en una cultura muy honda. No era una cultura de aluvión, era una cultura muy profunda.

Advierte que a principios de siglo la población activa española es rural en

Los españoles creyeron que en su pequeño mercado eran capaces de un desarrollo económico importante

un 66%; en los años 40 todavía es rural cerca del 50%. Y de pronto se ha derrumbado esa ruralidad española: en la actualidad el porcentaje no llega al 10%. Esa caída brutal ha significado

que esa gente vive, que esa población activa ha pasado a otras actividades y, al insertarse en esas otras actividades, se ha masificado de manera colosal. Entonces, como ya no tiene referencias propias, esa sociedad urbano-industrial que se ha creado en España ha practicado el pecado básico que tiene toda sociedad masificada: "no hay culpa más grave que la de ser diferente", procuran todos ser iguales, reaccionan todos de la misma manera. Lo mismo en deportes que en moral, como exista el menor mensaje mínimamente colectivo van como borregos tras él.

El ser y mantener una postura individual diferente es algo denigrante, y eso está relacionado también con el consumismo. Como todos van masivamente, y como todos deciden consumir más, esa es una actitud de sociedad de masas complementaria, pero también tiene sus especificidades. En la masificación veo el segundo gran problema; esa sociedad muy de nuevo rico que se ha creado está cogiendo lo peor de la casa de la sociedad occidental, porque la sociedad occidental tiene lados buenos y lados malos.

Sociedad consumista y sociedad masificada. ¿Algo más?

— Pues sí, el tercer defecto es la vagancia, la molicie, el negar y atacar el esfuerzo, no aceptarlo como algo vivificador; le molesta el ascetismo, cualquier persona que ha conseguido de una manera mínimamente ardua cualquier puesto. Es verdad: es malo para un político el exhibir un número uno. Antes era un honor, un motivo de

distinción. Por emplear una palabra un poco grandilocuente, es el héroe, el que se sacrifica, el que es un "individuo" y aguanta, y tolera; ése es reprobado pero, claro, esa sociedad lleva la penitencia en el propio pecado. Una sociedad que tiene esas características es una sociedad que fracasa en lo económico y, al fracasar en lo económico, fracasa en lo que más desea que es el consumo, y como consecuencia de eso se autocondena. Pero allá ella por seguir ese mal camino, allá ella.

El diagnóstico es duro, y Juan Velarde lo sabe. Pero no le preocupa. Y ve la responsabilidad no sólo en la sociedad española sino especialmente en los medios de comunicación, los ideólogos, los políticos, los que siguen el camino más fácil. A la colectividad hay que decirle que le está bien empleado, que se aguante con los resultados de sus mollicies. El Profesor se adelanta a mi pregunta sobre la relación con Europa, dentro del guión cronológico que estamos siguiendo, y emplaza el juicio que nos hace Europa. Europa, dirá Velarde, es implacable. Samuelson lo dijo muy bien, cuando le llamaron y le enseñaron la Expo; el Premio Nobel Samuelson, al preguntarle su opinión sobre la economía española, contestó simplemente: "ustedes pretenden vivir como alemanes pero sin haber aceptado previamente los sacrificios que los alemanes hicieron para vivir de esa manera". Y ésa es la situación ambigua e imposible que tiene la

sociedad española. ¿Comunidad europea? ¿Hay una alternativa viable a nuestra integración comunitaria?

— España no tenía posibilidad ninguna de escapar de Europa. Desde la primera estadística que nos señala que somos diferentes; en 1790 la renta española per capita es un 30% inferior a la británica, que ha aceptado siete o diez años antes la Revolución Industrial. De ahí el convencimiento de que tenemos que hacer algo para acercarnos a... ¿a quiénes? Pues a los ingleses, franceses, alemanes,

El choque europeo es violentísimo: destroza industrias, agricultura, servicios

norteamericanos que nos van ganando continuamente, abriendo el abanico en nuestra contra.

Nosotros tratamos de conseguir eso de una manera autárquica, propia, desligándonos de los demás, protegiendo el desarrollo en aislamiento. Hasta que los economistas se hartaron de decir que existía una ley: sin un amplio mercado es imposible un desarrollo económico. Los españoles creyeron que, en su pequeñito mercado, eran capaces de tener un desarrollo económico importante.

A fuerza de desgañitarse los economistas lograron convencer a los políticos de que había que ampliar el mercado, y esa ampliación del mercado podía hacerse de dos maneras: a la japonesa, o si se quiere, al estilo de los "dragoncillos orientales", que es competir en todos los mercados del mundo; y también siguiendo otro camino.

¿Quiere decir que frente a una apertura a todos los mercados es mejor concentrarse en Europa? ¿A pesar de lo mal que parece que nos está yendo?

— Pues sí, quien nos compra y nos vende masivamente es Europa. Europa es nuestro mercado, y Europa se había convertido en una clientela automáticamente rica, próspera y adecuada para cualquier economía que quisiera progresar adherida a ella. Lo señalaron desde los años 50 los economistas españoles. Ese camino a Europa tuvo el primer paso en el Acuerdo Preferencial del 70. Y luego, la adhesión.

Entramos en Europa para eso, no entramos en Europa —y dejémonos de gaitas— para ser europeos, o para que se nos llene la boca con lo de ser un país más y no diferentes. No, no: entramos en Europa para desarrollarnos más. Lo que pasa que ese desarrollarnos más, como consecuencia de Europa, nos ha hecho olvidar que Europa es condición necesaria, pero no suficiente.

Europa lo que nos exigía —y eso es lo que hacen los otros países europeos— es una preparación para ese gran choque que supone la integra-

ción. El choque europeo es un choque violentísimo: destroza industrias, plantaciones agrícolas, servicios, multitud

Las empresas extranjeras van controlando cada vez más trozos de la economía española

de cosas... porque es un choque violento. Lo que pasa que para ese choque hay que ir con los cinturones de seguridad adecuados, hay que ir con unos parachoques que protejan frente al topetazo, no hay que ir enloquecidamente.

Notamos ya los efectos de lo que se nos ha venido encima. Hemos echado la culpa a los negociadores del Tratado, a nuestros políticos, a los empresarios, a los sindicatos. El 'no' de los daneses anima a más de uno entre nosotros a volver la espalda a ese tipo de Comunidad. Nos preguntamos si es que nadie sabía lo que se avecinaba. Velarde nos sitúa el problema de las causas de nuestra situación actual.

— Nosotros nos veníamos preparando para Europa desde el año 77-78 hasta el año 86. Y de pronto, de una manera que es sencillamente incalificable, el proceso de preparación se detiene. Toda preparación para un choque es ya un choque en sí mismo, que es desagradable: hay que crear instituciones que de momento no producen unos rendimientos maravillosos

sino que están siendo exigentes, que son cargas, que son, sencillamente, costes sociales, que luego van a florecer; la asunción de esos costes es molesta para una sociedad que es consumista y hedonista. Esa sociedad se fue cargando de rabia contra esas

***El pueblo español
está dispuesto a
aceptar multitud
de cosas, a
cambio de no
tener conflictos
graves***

medidas que podemos personificar en la persona de Miguel Boyer. El es el último en toda una cadena de señores que están procurando mecanismos ascéticos, de molestia, de transformación y de incitación para eso que se adivina en el futuro. Y pide más poder, ser Vicepresidente.

Velarde explica la reacción de algunos ministros ante la pretensión de Boyer. Porque lo que sucedió arroja luz sobre el optimismo económico que hemos vivido en este país. Recuerda el profesor cuál fue el mensaje que le llegó al presidente González: "¡que se vaya Boyer, vamos a hacer un planteamiento económico mucho más simpático, mucho más atractivo para la gente!". ¿No tendrían consecuencias otros aspectos sentimentales en la vida del entonces ministro? Velarde no hace caso a lo que él llama "otras historias sentimentales

lides baratas, que no tuvieron ninguna baza en ese juego que era el juego básico". Y así cambió la línea de preparación que se estaba siguiendo. Cambió en el sentido de dar gusto a lo que quería la sociedad: aumento de la demanda nacional, aumento del consumo. Ese es el caramelo fácil de tragar para una sociedad; de momento produce lo de siempre, una euforia en forma de aumento de la producción, reducción del paro, etc. Y esto, justo cuando ingresábamos en Europa, justo cuando, 1 de marzo del 86, teníamos que empezar a comerciar con Europa bajo nuevas condiciones. ¿Qué pasó?

— Nosotros siempre fuimos superavitarios, hasta febrero del año 1986, con Europa. Desde esa fecha empezamos a importar de Europa mucho más que le exportamos. A través de los mecanismos consumistas fomentados desde la caída de Boyer habíamos dejado de prepararnos para Europa. Como consecuencia el choque de Europa, en principio, fue duro, duro. Pero lo veían sólo los economistas: "que el déficit se está ampliando cada vez más, que no reunimos condiciones competitivas hacia el futuro, que nuestra inflación, empujada por esos aires consumistas, está manteniendo unos diferenciales que no son los adecuados para actuar dentro del conjunto europeo, etc".

De pronto se observa que era una economía con las tres situaciones deficitarias clásicas: déficit de la balanza comercial, el déficit del sector público, y el tercer déficit es que tene-

mos más inversión que ahorro, más compras al exterior que ventas, y más gasto público que ingresos públicos. Esas tres cosas sólo pueden engarzarse de alguna manera: "¡que ahорren ellos, que vengan fondos del exterior!". Pero esos fondos del exterior hay que pagarlos, y eso se llama altos tipos de interés. Por eso el sistema tiene que aceptar junto con un talante consumista, que en principio va unido a bajos tipos de interés, desde el principio, altos tipos de interés, hay ahí una tensión continua en esa situación de mantenimiento de altos tipos de interés, mientras que hay unas tasas de consumo verdaderamente desatinadas. Porque, de otra manera, no vienen estos fondos.

¿Qué origina esas altas tasas de interés? Una desatención creciente a las entidades productivas. Los rendimientos normales de los negocios industriales y de servicios en España están situados alrededor del 4 y 5% que indica que si ese empresario se tumba al sol y se dedica a ser prestamista obtiene el 11 y el 12% sin hacer nada, tranquilamente; claro, lo que disuade a los empresarios y les anima a esa actividad es que algunos lo hacen por tradición, por vocación, porque ya tienen estas empresas. Pero los abandonos son múltiples; las empresas extranjeras van controlando cada vez más trozos, suficientemente importantes, de la economía española. ¿Por qué? El sector privado ha abandonado la actitud típica del empresario de enseñar sus éxitos, de combatir por ellos, de molestarse, de ampliar sus clientelas, etc. En este

momento esa desmoralización del mundo empresarial español es una consecuencia que se deriva de todo esto.

Pero, da la impresión, que todo ha venido como de repente. Pasamos del entusiasmo de "qué bien nos salen las cosas a nuestro estilo, cómo nos admiran y nos reconocen los demás"... a "¡qué mal estamos, qué futuro tan negro nos espera!" Juan Velarde, ¿cómo es que colectivamente, como país, no nos dimos cuenta o no quisimos darnos cuenta?

— Todo eso, durante cierto tiempo, se pudo mantener. Aparentemente estábamos como viendo una película en cámara lenta; era un choque de un

***Yo preferí ser un
servidor público
y estar en un
servicio público:
ése era mi
talante vital***

automóvil, siguiendo ya este simil. De momento ese automóvil, poco a poco, va pegando con la pared y, de pronto, ese automóvil empezó a arrugarse. ¿Cuándo se empezó a arrugar la economía española? Se empieza a arrugar en el año 91, cuando todas las señales empiezan a indicar que esa situación era absolutamente intolerable.

Y de pronto, al final del año 91, Europa decide dar un paso más, un paso más para la consolidación de su unión, y quiso saber con quién podía contar y cómo podía contar. Ese momento se llama, sencillamente, Maastricht con sus cinco condiciones, que son impuestas, fundamentalmente, por quien ha cogido ahora la batuta de Europa, que es Alemania y, complementariamente, por Francia, enganchada a la mano que maneja esa batuta, para no perder el control. Las cinco condiciones han servido para que refunfuñase Gran Bretaña, porque esas condiciones son muy duras para algo que Gran Bretaña quiere mantener por encima de todo, que es su independencia y la de su libra respecto al Mercado Financiero Internacional. El Mercado de Londres sigue siendo el mercado de valores mundial más importante, más importante todavía que el de Nueva York, que el de Tokio, y que el provinciano de Frankfurt. A Londres le aterra perder esa situación. Tratan de mantener

He sacrificado de alguna manera a mi familia, y ella se ve recompensada

la independencia de la libra porque en el ámbito del Sistema Monetario Europeo —que es el que va a crear la Unidad Monetaria Europea— el patrón

es el marco alemán, se llame así o cambie de nombre. Gran Bretaña es un rebelde que hay que marginar de alguna manera y del que sin embargo no se puede prescindir. Gran Bretaña seguirá, pero en una situación marginal.

Luego está un país enloquecido, que es Italia, un país que de pronto “los timbres que vos apretás”, como dice el tango, todos dan señales de alerta horribles. Italia tiene que ser marginada y fue expulsada del Sistema Monetario. Nadie tiene la menor idea de cuándo va a ser admitida en la marcha hacia la Unidad Económica y Política de Europa. Y ésa es una de las catástrofes más considerables que ha caído sobre Italia.

A continuación había dos países que ni entraron en la cuenta: el caso griego y el caso portugués. Con esos, sencillamente, ni se cuenta.

Y ya sabemos cómo se preguntó a España. Es todo bien reciente. Parece que para muchos es cuando se rompe la luna de miel de nuestras relaciones con la Comunidad.

— Y se interrogó a los españoles, no preguntando sino presionando alrededor de la peseta. Y la peseta, ya por dos veces, ha indicado que no vamos a ser capaces. Se mantiene la interrogación, no se nos ha echado del Sistema Monetario Europeo: “¿Van a ser ustedes capaces?” ¿Pero si tiene ustedes tres millones y pico de parados, van a seguir manteniendo un ritmo que les va a obligar a tener más parados? Piénselo bien, porque no van a poder mantener una marcha así, ya que sus tensiones sociales

internas se lo van a acabar impidiendo”.

Y de pronto resulta que nosotros, que habíamos entrado en Europa para resolver una serie de problemas, tenemos que escuchar lo que Europa, poco a poco, nos dice: “Yo me voy a unir, y me voy a integrar, pero al margen de ustedes. Me voy a integrar en ese núcleo, llamémosle así, carlomagnesco, que consiste en Francia, Alemania y los tres del Benelux. Daneses, dejen de hacer tonterías y vénganse con nosotros. Y además, austriacos, vénganse también, escapen”. Al resto de los escandinavos, “cuando ustedes quieran, pasen por aquí, al lado de los daneses, porque no van a estar solos ustedes suecos y noruegos, vengan aquí y en buena hora sea”. “Italianos, a ver si son ustedes inteligentes, se desprenden de todo eso del sur y a través de una liga lombarda vienen aquí.

Mira, aquí llega la evidencia a la que quiero cerrar los ojos. Súbitamente, yo descubro que tengo que asustarme de una cosa: ¿cómo se llamaba el Imperio de Carlomagno en España? Era la Marca Hispánica. Pero no quiero seguir, toco madera inmediatamente.

Pasamos a hablar de los que han protagonizado la protesta frente a las condiciones de la convergencia. Velarde no entiende el pánico a los sindicatos y Velarde vuelve a repetir, respecto a la ciudadanía, las viejas palabras: “Dios, qué buen vasallo si oviese buen Señor”.

— Que a mí me digan que un poder político no tiene capacidad para que

los sindicatos en España actúen como tienen que actuar y como actúan en cualquier país normal, y que no puede impedir —el poder político— que sean capaces de enredar más allá de lo que es imaginable en cualquier economía occidental, ¡no me lo creo!.

***La derecha poco
inteligente abdica
de la
tranquilidad, la
derecha
inteligente abdica
de tener una serie
de situaciones
sociales de
privilegio***

Otra cuestión importante, para entender las posibilidades reales de la conflictividad en España es que el pueblo español no quiere conflictos graves; está el pueblo español en las mismas condiciones que el pueblo inglés después de las revoluciones puritanas, que no quería volver a saber nada de aquello y está dispuesto a aceptar multitud de cosas, de sacrificios a cambio de no tener conflicto graves. Por eso, me atrevería a decirlo, el pueblo español es “pasta flora” para los políticos buenos, para los políticos grandes, para los estadistas. Se puede hacer muchísimo con un pueblo que ha abandonado la crispación

que, yo la recuerdo personalmente, existía en España en los años treinta y tantos. Es una situación maravillosa en ese sentido, lo que pasa es que hay que saber reaccionar y hay que saber qué se le da a ese pueblo, qué se le concede y qué pide ese pueblo. A eso se llama juego democrático, y una apacible democracia es una de las conquistas del género humano más evidentes y más importantes, que están muy bien, muy bien.

Investigando, y luego escribiendo y hablando sobre estas y otras cuestiones, Juan Velarde ha pasado su vida pero en ella sabemos que hay algo que juega un papel muy importante, su familia. En un momento de una vida tan fecunda como la de Velarde se empiezan a recibir premios. El último y más importante, el Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales. ¿Es acaso la jubilación intelectual? ¿Es el momento del endiosamiento? Juan Velarde, ¿qué se siente? Juan sonríe, y su cabeza perfectamente organizada seguro que va a responder con un "primero", "segundo" y "tercero".

— Bueno, tengo que decir que la reacción mía ante el premio es triple. En primer lugar, yo sería un imbécil si dijese que el premio no me da alegría. Me dio mucha alegría porque, lo primero, cualquier reconocimiento público de que uno no se ha equivocado en el talante vital que adoptó, le alegra y afianza a uno. Me acuerdo cuando el Profesor Olariaga, del que yo fui ayudante en la Universidad, me dijo una vez que "me iba a programar" (Olariaga era Director del Consejo

Superior Bancario). Yo acababa de ganar la oposición de Inspectores Técnicos de Previsión Social —luego incluidos en la Inspección de Trabajo— y la programación que me ofrecía pasaba por llegar a ser Catedrático de Universidad y por abandonar la carrera de funcionario público. ("Ud. lo abandona inmediatamente, porque ya ha demostrado que es capaz de ser número uno") para entrar en la estructura bancaria, convertirse en alguien dentro de esa cúpula bancaria; primero tendrá una ligera etapa de aprendizaje, y después ya seguirá ahí escalando puestos. Yo le dije que no, que quería ser funcionario público, ser un simple Catedrático de Universidad, y que a mí no me apetecía nada todo ese camino bancario. Rechacé esa oferta, Olariaga me dijo que me arrepentiría. Bueno, yo prefería ser un servidor público, y estar en servicio público, y estar luego en la Universidad, y dedicarme a investigar. No quería saber nada más y ése era mi talante vital.

Cuando esas cosas producen, a veces, problemas y situaciones que no son un campo florido, el seguir esa trayectoria y que de pronto la sociedad diga: "Mire usted, no lo hizo usted mal, acertó usted con la opción", es algo importante para una persona muy orgullosa, como yo lo soy. Tengo que decirlo, los Velardes tenemos un orgullo cuasi satánico. Me alegró fundamentalmente por eso y porque, de alguna manera, no era sólo un premio a mí sino a mi mujer y a mis hijos. Alicia ha aguantado todas las cosas que esto significa, y a mis hijos no los he

podido mandar a universidades de esos mundos de Dios, sino que han tenido que estudiar en la universidad española, porque ese planteamiento mío da pocos rendimientos. Yo he sacrificado de alguna manera a mi familia, y ella se ve recompensada. El premio no se da a Juan Velarde, sino a esa integral llamada Familia Juan Velarde. Porque todos estuvieron detrás de mí arropándome, y en ese sentido lo que me produjo fue una alegría extraordinaria, extraordinaria por ese motivo.

Velarde ha hecho exámenes de conciencia. Y muchos, dice.

— La segunda cuestión es la cantidad de exámenes de conciencia que me he hecho para no enfatuarme y para seguir siendo el mismo. La posibilidad de entontecerse uno, de volverse absolutamente imbécil, radicalmente estulto, después de una situación así es total. Por tanto, ¿qué hay que hacer? Pues decirse: “bueno, bueno, tú sigues haciendo lo mismo que hacías y sabiendo lo mismo que sabías..., tú ante ti mismo te criticabas de esa forma durísima, como consecuencia de que sabías todas tus limitaciones”. Esta es la segunda consecuencia que me ha obligado a trabajar mucho internamente. Una oleada de botafumeiro, con un incienso extraordinario, es el momento que le están leyendo a uno el trozo de su biografía, antes de que el Príncipe de Asturias le dé el Título. Te están leyendo una serie de piropos tremendos, en medio del público y con aplauso general. Es ése el momento de: “Sí, lo estás pasando muy bien pero, realmente, tú, de economía de

verdad, ¿qué demonios sabes?” Y eso tiene que hacérselo uno continuamente.

La tercera respuesta es expresar una preocupación. Mientras uno está colocado en una situación de rinoceronte, por seguir la obra de Ionesco, no pasa nada. Pero en el momento que uno deja de ser rinoceronte por lo que sea, puede suceder lo que pasa en Braojos. En este pueblo, a todo mozo que hace algo diferente, que se hace novio de la más guapa, que ha quedado libre de las quintas, que saca una plaza de Correos, o lo que sea, los mozos lo cogen y lo echan a una charca que está al lado del pueblo, para bajarle los humos. Yo en este momento estoy pensando: la colectividad mía —que es como mi pueblo, mi Braojos— ¿dónde demonios me va a echar?, ¿a qué charca?, ¿cómo está maquinando la forma de tirarme? Porque de alguna manera esa maquinación va a acabar existiendo, y sé que me echan a la charca. Eso yo ya lo doy por descontado.

Querido Luis, ésa es la reacción mía ante el premio, en una triple respuesta.

Juan Velarde no es etiquetado, precisamente, como un hombre de izquierdas. Aunque tiene amigos y admiradores en todos los lados. Había que terminar la entrevista y confieso que no me atrevía a preguntarle dónde se situaba él. Y su respuesta me vino bien directa, a raíz de frases lapidarias escuchadas aquí y allá: “La derecha carece de sensibilidad social”. Y porque en una Escuela de Trabajo Social y

para los profesionales del mismo sin ese sentimiento y talante poco trecho se puede hacer, le lancé la sentencia en forma de interrogante. Para terminar, Juan Velarde, ¿tiene la derecha sensibilidad social?

— Mire, hay dos tipos de derecha totalmente diferentes. Cito a mi profesor, Manuel de Torres, que era muy de derechas, y lo decía siempre. Acababa un día de dar una conferencia violentísima, pidiendo un impuesto sobre la renta personal y progresivo. Y le dije yo: "Pero don Manuel, ¡con lo de derechas que es usted, defendiendo el impuesto personal y progresivo!". Y aquí venía su clasificación de la derecha: "Claro, soy de derechas pero inteligente; es que hay dos derechas totalmente diferentes: los imbéciles de derechas y los inteligentes de derechas. Los inteligentes de derechas saben que hay una serie de valores unidos a la derecha que son los que están relacionados con la familia, con la tranquilidad, con el buen orden ciudadano. Todo eso es muy deseado, pero hay que pagarlo; y el pagar toda esa serie de cosas hay que hacerlo en términos de concesiones sociales continuas, o de petición de esas concesiones sociales. Sin hacer esas concesiones, es absolutamente imposible.

La otra es una especie de derecha feudal, agresiva, terrible, metida en su castillo, tratando de ver cómo mata a los enemigos que se oponen a las ventajas sociales o socio-económicas que ella disfruta y, además, cómo trata de mantener la tranquilidad.

La derecha tiene que abdicar de una de esas dos cosas. La derecha poco inteligente abdica de la tranquilidad, la derecha inteligente abdica de tener una serie de situaciones sociales de privilegio.

Yo, personalmente, me apunto a la segunda derecha. Es evidente, en lo poco de derechas que soy, pero como siempre me paso en lo de la trucha, cuando el régimen y la situación eran de derechas. Le pasaba a don Luis Carrero, que lo decía cariñosamente y no para perseguir; decía "¡Hay que tener mucho cuidado con las doctrinas de Juan Velarde, porque es un socialista peligroso!". Actualmente estoy seguro que para los socialistas amigos que tengo en el poder, les parece un "de derechas" peligrosísimo. Bien, dentro de ese talante, y en aquella medida que yo me pueda sentir propicio a los valores de la derecha, me apunto a los valores de la derecha de Torres, la inteligente, por supuesto.

Yo mismo di por terminada la entrevista, al levantarme y decirle, simplemente "Juan, gracias". Su respuesta no fue la ritual "¡De nada!", sino algo más aparentemente enigmático, para quien no haya trabajado con él durante años. Dijo nada más que lo necesario para que entendiese que su puerta quedaba abierta. Fue ésta:

— Hombre, ¡por Dios!

Luis Vila
Febrero 1993